

# Roberto Fernández Retamar | Regreso de la isla

Volvemos en la noche, dormida a picotazos, de la Isla,  
Y apoyados en la borda, conversando con alguien  
inteligente cuyo nombre no sé,  
Vemos la espuma que el lento barco va dejando,  
Pero apenas vemos nada más allá del propio barco,  
Como no sea la oscuridad al parecer inmensa de la noche  
inmensa.  
Y, naturalmente, empezamos a hablar (¿quién el  
primero?)  
De los que se van de la Grande en noches sin luna,  
montados en botes insignificantes,  
Y se meten en la sombra como en una pesadilla que van  
a vivir, van a morir despiertos,  
Y de algunos no se sabrá luego ni el nombre, tragados  
por este mar de los piratas.  
(De los piratas vamos a hablar después.)  
¿A quiénes los arrastra el contagio? ¿A quiénes una  
desesperación que sorprendentemente se ha alimentado  
de lo mismo que anima nuestras esperanzas?  
Y empezamos entonces a evocar a esos otros hombres,  
los que hemos dejado en la Isla.  
¿Cómo llegaron allá? ¿Aventura? ¿Coacción? ¿Ilusión?  
¿Conciencia?  
¿Acaso no hemos ido a averiguarlo?  
¿Y acaso hemos averiguado gran cosa con nuestros  
papeles que debían coronarse en un informe y no  
en esta especie de poema?

Esos rudos y tiernos hombres que duermen en hileras  
de camas, en secos campamentos,  
Están como en la piedra de fundar de nuestra historia,  
Y sin embargo, ¿será verdad que la historia les resbala  
por encima, como el rocío sobre la carrocería  
de un camión?  
De Barros a Fantomas —Barros, que como un señor me  
dio a Palomo, mi primer caballo, y Fantomas, el  
niño para siempre, que quiso ayudar a que la historia  
empezara de nuevo, al sur—;  
De Víctor íntegro y Cheo con sus cotorras, a Betancourt,  
el que aprendió a leer en estos años y habla de Maceo  
acaso sospechándose de su estirpe;  
De Miguel, que gana noventa pesos al mes por arriesgar  
cada día su vida monteando los últimos puercos  
jíbaros, feroces como cuchillos,  
A Manolo el montero, que enlaza el imposible toro  
negro, corriendo a todo lo que dan las patas  
del caballo, en la noche:  
¿Dónde ponerlos a ustedes en el informe, hermanos?  
¿Dónde sus nombres en medio de cifras, de ilegibles  
tantos por ciento?  
No quiero invocar sólo en palabras el nombre pueblo.  
Busco otra forma de dejarlos junto a mi corazón,  
Ahora que el barco viaja casi inmóvil en la sombra,  
Y se ve que vamos a empezar a hablar de los piratas  
para esperar cumplidamente el amanecer enorme  
sobre el mar.

